

de San Pedro, santo abogado de Cortés, levantaron anclas para la costa de Yucatan, el dia 18 de Febrero de 1519.¹

¹ Las-Casas, ubi supra. Gomara, op. cit., ap. 10. De Rebus Gestis, MS. Tantus fuit armorum apparatus quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius conqutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit: aperitque omnium primus. Hispanæ genti, Hispaniam novam.» Op. cit. El autor de la obra es desconocido: parece que ella formaba parte de una gran compilacion titulada: «De Orbe novo,» que tenia probablemente por objeto dar una serie de bosquejos biográficos, pues en la introduccion se habla de la vida de Colon, como debiendo preceder á la de H. Cortés. Segun allí consta, fué escrita cuando todavía vivian algunos conquistadores y estaba dedicada al hijo de Cortés. El historiador, tenia, pues, todos los datos necesarios para averiguar la verdad; pero no obstante eso, se trasluce frecuentemente bastante parcialidad hácia el héroe, bajo cuyos auspicios se publicaba. Tiene toda la cansada prolijidad en referir pequñeces que suele ser tan útil en ese género de documentos. Desgraciadamente solo el primer libro quedó concluido, ó por lo menos el único que ha sobrevivido. Los sucesos de que trata son los de que se habla en este capítulo. La obra está escrita en latin, en estilo puro y castizo, y hay fundadas sospechas de que su autor fué Calvet de Estrella, cronista de Indias. El original existe en la librería de Simancas, de donde fué sacado á luz y transcrito por Muñoz, de cuya copia está tomada la que yo tengo.

CAPITULO IV.

Viaje á Cozumel.— Conversion de los naturales.— Gerónimo de Aguilar.—
Llega la armada á Tabasco.— Gran batalla con los indios.— Introduccion del cristianismo.

HABIÁSE dado órden de que los buques fuesen lo mas reunidos que se pudiese, y que siguiesen á la capitana ó nave en que iba el almirante, la cual llevaba una luz en la popa durante la noche, para servir como de faro. Pero el tiempo, que durante los primeros dias del viaje habia sido bonancible, cambió repentinamente y se levantó una de esas borrascas tan frecuentes en esa estacion, en la latitud en que están las Indias Occidentales. Envolvió con terrible ímpetu á la escuadrilla, dispersó las naves, desmanteló algunas de ellas, y las alejó considerablemente de la ruta que debian seguir.

Cortés que se habia demorado por convoyar una nave inutilizada, llegó el último á Cozumel. Al ar-

ribar supo que uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, aprovechando el corto tiempo que habia estado allí, habia entrado en los templos, robado sus pocos ornamentos y aterrado de tal suerte á los sencillos indios con semejante conducta, que habian huido á refugiarse en el interior de la isla. Cortés, irritado de estos procedimientos tan ásperos y tan contrarios á la política que él se proponia observar, no pudo menos de censurar severamente al oficial en presencia de todo el ejército. Ordenó que le trajesen al punto á dos indios que Alvarado habia hecho prisioneros, y les explicó el pacífico objeto de su expedición, dándose á entender con ellos mediante el auxilio de su intérprete Melchorejo, indio Yucateco que habia llevado Grijalva á Cuba, donde habia adquirido alguna tintura de la lengua castellana. Despidió á los prisioneros colmándoles antes de regalos, y les encargó que invitasen á sus compañeros á regresar á sus hogares sin temor de que se les volviese á molestar. Esta política conciliadora surtió los buenos efectos que eran de esperar. Tranquilizados los indígenas, no tardaron mucho en volver y entraron luego en trato amistoso con los españoles, quienes trocaban cuchillos y juguetes por adornos de oro; quedando unos y otros plenamente satisfechos (y con igual razon diria un filósofo) engañarse mutuamente.

El primer cuidado de Cortés fué adquirir noticias

acerca del paradero de los desgraciados cristianos que se decía estar en cautiverio en uno de aquellos países. Obtuvo de algunos comerciantes de la isla tales noticias, que envió á Diego de Ordaz con dos bergantines, á la costa opuesta de Yucatan, con órdenes de permanecer allí por ocho dias. En las navés iban algunos indios que consintieron en llevar á los cautivos, en que se les informaba de la llegada de los españoles, y un gran rescate para libertarles. Entretanto resolvió el general á hacer una excursion á varias partes de la isla, con el objeto de no tener ociosos á sus soldados y de asegurarse del estado del país.

Parecia ser este pobre y escasamente poblado; pero por todas partes se encontraban los vestigios de una civilizacion mas adelantada que la que hasta allí habian encontrado en las islas. Algunas casas eran amplias y muchas de ellas construidas con cal y canto. Lo que mas llamó la atencion de los viajeros, fueron los templos, hechos de esos mismos sólidos materiales y que tenian algunos pisos ó tramos. En el patio de uno de aquellos quedaron pasmados de encontrar una cruz de cal y canto, de algunos palmos de altura: era el emblema del Dios de las lluvias. Esta cruz fué objeto de varias conjeturas, no solo para la ignorante soldadesca, mas tambien para algunos literatos europeos de tiempos posteriores, quienes han hecho numerosas conjetu-

ras sobre: ¿cuál será la raza que introdujo en aquel país el sagrado símbolo del cristianismo? Mas, como lo veremos en otra parte, esas conjeturas no descansan en sólidos fundamentos.¹ No obstante, es una cosa curiosa que la cruz haya sido objeto de culto religioso tanto en el Nuevo Mundo, como en ciertas regiones del Antiguo donde nunca había brillado la cruz del cristianismo.²

La primera mira de Cortés fué arrancar á los indígenas de su grosera idolatría, y sustituir en vez de ella otra religion mas pura, estando resuelto á emplear la fuerza para conseguirlo, caso de que no bastasen las medidas suaves y pacíficas. Nada anhelaba con tanto empeño el gobierno español, como la conversion de los indios. Era el principal objeto de

¹ Véase el apéndice, parte primera, nota 27.

² Carta de Veracruz, MS. Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la Conq. cap. 25 y sig. Gomara, Crónica, caps. 10, 15. Las-Casas, Hist. de las Ind., lib. 3, cap. 115. Herrera, Historia General de las Ind., Dec. 2, lib. 4, cap. 6. Martir, de insulis nuper inventis. (Colonias, 1574,) pág. 344.

Al tiempo que se imprimian estas páginas, pero dos años despues de escritas, se ha publicado la interesante obra de M. Stephens en que se contiene la noticia del segundo viaje á Yucatan. En la última parte de la obra cuenta su visita á Cozumel, hoy una isla deshabitada, cubierta de bosques impenetrables. Cerca de la playa vió los restos de edificios indios, que el autor supone ser los mismos que vió Grijalva, y sobre los cuales hace algunas reflexiones importantes; lo mismo que las hace despues, con motivo de la cruz que era entre los isleños objeto de adoracion. (Incidentes del viaje á Yucatan, Nueva-York, 1843, vol. II, pág. 20.) Como una discusion sobre estas materias me alejaria mucho del camino que sigue mi narracion, volveré á hablar de esto, cuando trate de los restos arquitectónicos de aquel país.

sus expediciones, que tenían por tanto cierto aire de cruzadas. El hidalgo que entraba en ellas satisfacía á la vez sus sentimientos caballerescos y religiosos. No podia quedar duda alguna sobre la eficacia de una conversion que debía efectuarse sin pararse en los medios, por violentos que fuesen, y en que nada importaba lo repentino y violento de la transicion. Al que no catequizaba la lengua, le catequizaba la espada. La propagacion del mahometismo había probado que las semillas sembradas por la mano de la violencia, lejos de perecer bajo la tierra, á la larga brotan y fructifican. Y si esto acontecia con una mala causa, ¿qué no sucederia con una buena? El caballero español conoció que como á soldado de la cruz le tocaba llenar una alta mision: por arbitraria é injusta que á nosotros nos parezca la guerra que emprendió, á él le parecia una guerra santa. No había cuidado de que el alma de un enemigo hundida en las tinieblas pusiese en riesgo la del que lo hacia: la conversion de una sola alma era parte á justificar una multitud de crímenes; no era la moral, la fé era, pues, la que aprobaba todo esto, y á la cual se reducía entonces estricta y literalmente la moral cristiana. El que moría en la fé, por inmoral que hubiese sido su vida, se juzgaba que moría en el Señor. Tal era en aquel tiempo el credo del caballero cristiano: tal el que le inculpaban en su patria, en los pulpitos, en los claustros y

en las aulas; tal el que predicaban en las colonias los misioneros y los frailes, excepto uno entre todos, uno cuya devoción, de linaje mucho más puro, no podía brillar en medio de tan densas tinieblas.¹

Nadie participaba de estas ideas más completamente que Cortés: bien pudiera llamársele el espejo de su época, pues que reflejaba los rasgos característicos de ella: la devoción especulativa y el libertinaje práctica; pero los reflejaba con una intensidad propia suya. Escandalizábase al presenciar las prácticas religiosas del pueblo de Cozumel, aunque no le imprimían fuertemente, á lo que parece, los sacrificios humanos. Procuró convertir á los indios á una religión más pura, mediante la intervención de dos eclesiásticos que acompañaban á la expedición, Juan Díaz y Fr. Bartolomé de Olmedo, siendo el último uno de esos piadosos varones que ofrecen el ejemplo raro en todos tiempos, de un celo ardiente unido á un espíritu de viva caridad, y de hermosas acciones acordes con los sabios preceptos que se inculcan. Este religioso acompañó á los españoles en toda la conquista, y consiguió con sus sabios y bonévolos consejos, mitigar muchas de las crueldades de los conquistadores, y apartar el golpe de su espada de la cabeza de los desventurados indios.

¹ Véase el Bosquejo biográfico del obispo Las-Casas, el protector de los indios, en el Post scriptum que está al fin de este capítulo.

En vano trabajaron estos dos misioneros por persuadir á los indios de Cozumel á que abnegasen de su abominable culto y á que les permitiesen derrumbar y demoler aquellos ídolos que para la soldadesca española eran retrato de Satanás.¹ Los candorosos indios se llenaron de horror al pensar en semejante profanación, y exclamaron que aquellos dioses eran los que les enviaban la luz y las tempestades, y que si les infirieran cualquier ultraje, descargarían sus rayos sobre las cabezas de los que le hubiesen perpetrado.

Cortés, que en niugun caso gustaba de disputas, en el presente prefirió los hechos á los argumentos y pensó que el medio más seguro de disuadir á los indios de su error, era probarles prácticamente la falsedad de sus predicaciones; así, pues, sin más ceremonia, mandó que se echasen las venerables imágenes á rodar por las gradas del gran templo, como se hizo en medio de la grito y lamentaciones de los indios. En aquel mismo lugar se erigió al instante un altar en que se colocó la imagen de la Santísima Virgen y de su Hijo, y se dijo por el padre Olmedo y su digno compañero una misa, la primera que se celebró entre los muros de un templo en la Nueva España. Los pacíficos ministros volvieron á probar,

¹ «Fuese que el demonio se les aparecía como es, ó dejaba en su imaginación aquellas especies; con que sería primorosa imitación del artífice la fealdad del simulacro.» Solís, Conquista, pág. 39.

á difundir la luz del Evangelio en las ofuscadas almas de los indios, y á hacerles comprender los misterios del cristianismo. El intérprete indio debe de haber sido mal vehículo para transmitir tan abstractas doctrinas; mas á pesar de todo comenzaron á ganarse el corazón de aquellos gentiles, que al fin abrazaron el cristianismo, ya fuese que les había aterrado el audaz atentado de los invasores, ya que les convenciese de la importancia de sus dioses, ver que eran incapaces hasta de evitar la violación de sus altares.¹

Mientras Cortés se ocupaba en el triunfo de la Cruz, supo que Ordaz había vuelto de Yucatán sin traer nuevas de los españoles cautivos. No obstante que eso le apesará mucho, el general resolvió no demorar su partida de Cozumel. Bien provista la flo-

¹ Carta de Veracruz, MS. Gomara, Crónica, cap. 13. Herrera, Historia general, Década 2, lib. 4, cap. 7. Ixtlilxochil. Historia Chichimeca, MS., cap. 78.

Las-Casas, cuyas miras ilustradas acerca de la religión, le harían honor aun en nuestros días, insiste mucho sobre la futilidad de estas conversiones por fuerza, en las que se pretendía sacar á los hombres de la falsa idolatría que habían profesado desde la cuna. «La única manera de conseguir esto, dice, es predicar larga y asiduamente y con fé hasta que adquieran los paganos algunas ideas acerca de la naturaleza de Dios, y de los dogmas que van á abrazar. Sobre todo, que vivan los cristianos de una manera tan conforme á estos dogmas, que al verles el indio glorifique al Padre y le reconozca por el único y verdadero Dios, pues que tiene tales y tan perfectos adoradores.» Véanse algunas observaciones de las que hacia este obispo con respecto á este punto, las cuales ofrezco en el apéndice como una muestra del estilo que usaba, cuando su asunto le permitía ser elocuente. Apéndice, parte 2ª, núm. VI.

ta, merced al amistoso recibimiento de los de la isla, embarcó Cortés sus tropas, dejando aquellas playas hospitalarias, hácia principios de Marzo. Pero la escuadrilla no pudo caminar mucho sin tener que regresar á la isla á reparar una de las naves que se habían averiado; demora que fué de la mayor trascendencia, hasta el extremo de que un escritor de aquel tiempo la tiene por un gran misterio y milagro de Dios.¹

Poco después de su nuevo arribo se vió llegar de una de las costas de Yucatán cercanas á la isla, una canoa con muchos indios. Al llegar á tierra preguntó uno de ellos en mal castellano, que si estaba entre cristianos, á lo que habiéndole contestado afirmativamente, se arrodilló y comenzó á dar gracias al cielo de que le hubiese salvado. Era uno de los desventurados cautivos por cuya suerte se habían interesado tanto los nuevos invasores.

Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija en España, donde le habían educado medianamente para la carrera de la Iglesia. Había sido de los de la colonia del istmo de Darien, y en su viaje de este punto á Santo Domingo había naufragado hacia ocho años, cerca de la costa de Yucatán. El logró escapar en el esquife del buque con algunos otros compañeros; pero el resto de ellos pereció.

¹ «Muy gran misterio y milagro de Dios.» Carta de Veracruz, MS.